OBRAS COMPLETAS DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON JUAN VÁZQUEZ DE MELLA Y FANJUL

VOLUMEN TERCERO

# IDEARIO

## II

JUNTA DEL HOMENAJE A MELLA
1931



R. Marin Lazaro

dígenas, la Iglesia, a manera de misteriosa abrazadera, constituyó las naciones.

Esos espíritus superficiales no comprenden la importancia de esa acción. No consideran que la Iglesia tomaba sus miembros de esos elementos componentes, entre los que aun quedaban la cloaca pagana y la muchedumbre bárbara. ¡ Y sin embargo, en pocos siglos, del V al XI, transforma al mundo!

¡Los que antes eran guerreros bárbaros son ahora los cruzados, esos caballeros andantes de la virtud y del honor, pasmo de la Historia! *(Aplausos)*.

Y sobre todo, la unidad m

## *El protestantismo*

Este es el intérprete de la Religión; la crítica precediendo a la fe. El hombre, constituyéndose en centro y haciendo a Dios objeto de su crítica. Planteóse el litigio entre un intérprete no adecuado y la cosa interpretada, dejando mal parada la autoridad religiosa, y consiguiendo hacer fuente de discordia en esas verdades.

Se proclamó luego la revolución religiosa con la autonomía de la razón, llegando, en los siglos XVII y XVIII, a establecerse las relaciones del orden natural con el sobrenatural, planteando el problema del materialismo entre la razón humana y Dios, viniendo a parar en la negación de Dios, puesto que no admitían la dependencia de El.

Se procedió luego a querer explicar el Universo por la evolución, sancionando que lo menos produce lo más; engendrando mineralmente la vida.

Por último, se llegó a este término increíble: el hombre es sucesión de las demás especies;

entre el hombre y las bestias no hay diferencia. ¡El bestialismo como consecuencia de haber hecho al hombre Pontífice y Dios!

. . . . . . . . . . . . . . . . .

### *Los videntes de la Historia*

Laínez anunció la revolución del siglo XVIII y del XIX cuando vió el predominio de las doctrinas filosóficas, hijas de la Protesta.

Donoso Cortés previó que un Bonaparte concluiría con la revuelta francesa del cuarenta y ocho, y luego, cuando vió la realización de la unidad italiana, anunció la otra unidad del Rhin y la conclusión de la francesa.

### *Relaciones entre los hechos y la Historia*

Tienen, además, los hechos, una relación de dependencia y otra de contrariedad, que ayuda a explicar la Historia. Así la lucha en los siglos XVI y XVII entre la Protesta y la Iglesia, explica y es como la premisa de los posteriores hechos que todos estamos tocando.

Ahora bien; como todo eso es mucho para un solo curso, se tendrá que abreviar y resumir; además, muchos días no podré venir, y enviaré la conferencia escrita, que tiene, por otra parte, la ventaja de poder precisar mejor conceptos e ideas, a veces rebeldes a la manifestación de la palabra.

### *Resumen*

En resumen: ya que no pude asistir el día de la inauguración, como era mi deseo, hoy aprovecho esta ocasión para dirigiros un saludo, el más entusiasta, que os anime a seguir en vuestros trabajos.

Y aunque yo no necesito hacer profesión de fe, porque toda mi vida la he dedicado a defender la Iglesia católica, conste que, por encima de todo interés, por encima de todos los conceptos, someto mi inteligencia y mi voluntad a la Iglesia católica en toda su integridad; y si algo hubiera, que creo que no, en mis doctrinas, que no ya contradijera, sino que se apartara de la Iglesia, será indeliberado, y, desde ahora para siempre, lo doy por no dicho.

En estos tiempos del modernismo, que es la herejía más sutil, más perversa, que es la síntesis de todas las herejías; que se desliza por el Crucifijo para llegar a introducirse en la llaga sacratísima y morder allí... *(Aplausos atronadores)*; en estos tiempos, digo, afirmo resueltamente que la Religión es objetiva, pues es relación del hombre con Dios; que tiene un órgano de interpretación infalible, y que una prueba de su divinidad y de su infalibilidad está en los años que lleva luchando con sus enemigos, sin perder ni variar. Todas las instituciones humanas tienen modificaciones, sufren cambios; ella sola se mantiene enhiesta y tranquila, aguantando impávida y serena los ataques de los nuevos picapedreros de la religión, sin conseguir sojuzgar ese fuerte inexpugnable donde habita la divinidad.

Y lo mismo en el orden social que en el político, todos se juntan, todos aúnan sus esfuerzos para combatirla, no consiguiendo sino hacer patente cómo desisten de sus mutuas discordias cuando se trata de luchar con la Iglesia. Y mientras tanto ella, viviendo tranquila en su espléndido aislamiento en la Historia. Por eso es ella

la verdadera poseedora de la verdad. ¡La unidad imponiéndose a sus enemigos, que sólo la tienen cuando se trata de combatirla!

Hace dos mil años que no lo consiguen; por eso, cuando mi lengua quede muda, cuando ya no pueda esgrimir la pluma, mi última mirada será para el Crucifijo, expresión del amor y de la fe *(Ovación indescriptible)*.

(De una conferencia (muy extractada) que pronunció en la «Academia Universitaria Católica», el día 13 de noviembre de 1908).

## II

### La secularización y el bestialismo

Señores: El estado de mis nervios impone reposo a mi lengua, pero el deseo de corresponder a vuestra bondad pone movimiento a mi pluma.

Debiera empezar hoy estudiando el concepto de la Civilización, investigando sus leyes y caracteres, el origen y el fin de la sociedad, y después,

como la ascensión de lo imperfecto a lo perfecto, guiada por un orden preestablecido, fijar en sucesivas conferencias la idea del Progreso, medio necesario para que la civilización se alcance; analizar la idea de la evolución enroscada todavía, como la serpiente paradisíaca, al árbol de la ciencia contemporánea; partir sus anillos con la espada de la dialéctica y el martillo ensangrentado de la pasión, para mostraros, finalmente, los muros de las dos ciudades que se reparten los dominios de la Historia: una, iluminada con los resplandores celestes del ideal cristiano; otra, con las llamas de todas las pasiones, como saliendo de un cráter del infierno para tomar posesión del mundo después de abrazar la Cruz.

Así aparecerían, de un lado, las sociedades modeladas según el Símbolo, el Decálogo y el Sermón de la Montaña, y, del otro, los que los desconocen o los niegan; el naturalismo pagano, que adulteraba con el panteísmo y el dualismo oriental y el politeísmo occidental el depósito de las verdades religiosas primitivas, conservadas en la Sinagoga, que fué la Iglesia antigua; y el neopaganismo apóstata, fraguado por la Protesta, el

Enciclopedismo, la Revolución, el Racionalismo y el Positivismo de la Edad Contemporánea, que llega a esta consecuencia, que hubiera sublevado a los mismos pueblos paganos asentados en las tinieblas del error, pero no de la impiedad, que ignoraban pero no odiaban a Jesucristo: romper toda relación con la divinidad, negándola y declarándola inaccesible a la razón y a la voluntad humana, es decir, arrancando toda idea religiosa, primero del Estado, después de la sociedad, y, por último, del individuo, secularizando la vida entera, desde el nacimiento hasta la muerte, para que, en vez de la oración, del reconocimiento y del amor, se levante de ese mar muerto de la conciencia humana el vaho de una inmunda blasfemia que provoca la ira del Cielo como en las ciudades degradadas de Pentápolis.

Entonces os mostraría, con la claridad de la evidencia, que la negación de los deberes religiosos individuales y sociales supone la negación de Dios, que no existe si no tienen con él relación de dependencia y de finalidad los hombres.

La negación de Dios supone el monismo panteísta para explicar el origen y la variedad de

los seres. El monismo implica, como desarrollo fatal de un todo único y absoluto, o la evolución de la materia y de la fuerza primitivas, el determinismo, que niega la libertad, reduciéndola a un consiguiente necesario y antecedentes inevitables, o la adaptación forzosa a un medio irresistible, la negación de la libertad, la del orden moral y la de la persona humana; aún más, la negación de la libertad arguye la de la inteligencia, porque el que no puede elegir, es porque no puede deliberar; el que no puede deliberar, no puede juzgar; y el que no juzga, no piensa; y como el ser que es libre y no piensa, pero se mueve y siente, es un mal, la lógica, juntando el primero y el último eslabón del epiquerema, después de haber mostrado todos los intermedios que los enlazaban, deducirá esta conclusión que los cierra: secularizar equivale a animalizar. No se puede renegar de la Religión sin asesinar la razón. Si el ateo no fuera el supremo ignorante, sabría que no puede blasfemar sin escupirse.

La Religión, por el conocimiento de lo suprasensible y de lo sobrenatural que supone, y por la práctica de los deberes que ligan al ser finito

con el infinito, comprende todas las diferencias psicológicas que separan al hombre del animal. Por eso la negación parcial o completa de la Religión conduce a esta oprobiosa consecuencia: el hombre es un animal perfeccionado, y el animal un hombre imperfecto; entre los dos hay diferencias de estado, pero no de naturaleza. Es decir, que la impiedad reniega de los dogmas religiosos para establecer éste en que se encierra ella misma: el bestialismo, la identidad del animal y el hombre.

Esta es la razón de que la historia de todos los sistemas filosóficos y de todas las ideas religiosas que han pasado por el entendimiento de los hombres, llegue en último extremo a esta disyuntiva inexorable: o Teología o Zoología. No hay término medio. Hacia Dios o hacia el polvo. Volar o arrastrarse.

Y como ya os he indicado en la primera conferencia, que entre toda la inmensa variedad de hechos que abarca la Historia hay uno en que convergen, porque es el primero de los hechos sociales: la naturaleza humana; es imposible que el concepto que de ella se tenga no influya

en los demás y que las leyes de conjunto estén en oposición con las leyes psicológicas y morales del hombre; porque no puede tener el todo propiedades contrarias a las esenciales de sus partes.

Así esa misma ley que lleva al hombre, según la doctrina que le dirija, a las elevaciones de lo sobrenatural o a las degradaciones de la bestia, imperará sobre los pueblos, que, según reine Epicuro o Jesucristo, irán hacia un muladar o hacia un Edén. En otras lecciones, partiendo de los conceptos primeros, lo demostraré filosóficamente: hoy quiero alterar el orden y ofreceros la demostración *a posteriori*, en una visión sintética de la Historia mirada desde una sola ley y que pueda considerarse como un capítulo de Filosofía de la Historia.

### *Las dos unidades*

Dos unidades gobiernan al mundo, por presencia o por ausencia, por armonía o por lucha: la unidad religiosa o moral, que es interna, y la unidad de la fuerza, que es externa. El origen

de la unidad interna y de sus formas, sus alteraciones por la culpa, el perfeccionamiento por su autor, la ruptura por el orgullo, el castigo por las consecuencias de la ruptura, y la restauración después del castigo, forman la historia del espíritu humano, porque todo lo que no es ella por ella se explica.

La unidad de la fuerza, unas veces sometida a la unidad interna, otras sublevada y otras dominante y queriendo sujetar por fuera lo que se ha roto por dentro, y acabando siempre por disolverse en la impotencia, es la Historia de todas las Revoluciones y de todas las tiranías, la caricatura del error, queriendo reproducir con sus sombras el edificio de la verdad, no haciendo otra cosa que marcar mejor sus contornos.

. . . . . . . . . . . . . . . . .

## *Los tres capítulos de la Historia*

La Historia no tiene más que tres capítulos: la unidad interna en sus distintas categorías de conocimiento y de práctica, la anarquía en sus diferentes grados y formas de disolución, y la

unidad externa en sus diferentes clases de opresión. Pero la unidad moral, que existe al principio, que adulterada y combatida existe siempre en el medio, brilla también al final; la Historia, como el hombre, viene de Dios y va a Dios, y El tiene el centro, que es el Calvario, quedando a los lados de esa cadena de hechos la libertad humana, para torcer los anillos y romperlos, y sustituir los de oro por los de hierro, pero sin lograr nunca cortar el hilo invisible que los enlaza y que fué anudado en la Encarnación del Verbo, que juntó sin confusión y unió sin separación lo finito y lo infinito, asumiendo la Humanidad en compendio eminente todo lo creado en la Divinidad que es su causa.

La persona de Cristo es el centro universal. Toda la Historia va hacia la Cruz o de espaldas a la Cruz; pero a la Cruz hay que mirar siempre para fijar su dirección y las cumbres a que llega y los abismos en que cae.

. . . . . . . . . . . . . . . . .

## *La ley de las invasiones. — Castigo de las civilizaciones corrompidas*

Los cuatro imperios orientales demarcados entre el Éufrates y el Indo, que adoraban el vicio en el culto de Militta, se invaden mutuamente, derribando los más sanos a los más corrompidos, que caen bajo la espada vencedora entre llamas y meretrices, como el primer imperio asirio, y en una inmensa orgía como el de Babilonia, hasta que el de Persia, el más viril, los reúne a todos bajo el cetro de Ciro, y, presa a su vez de la molicie oriental, no tarda en caer amortajado en la púrpura de Alejandro; y cuando el triunfador muere desvanecido con los vapores orgiásticos de Babilonia, sus generales se reparten las piezas de su armadura, porque no hay ninguno capaz de soportarla entera, y, con una anarquía de ambiciones impotentes donde no hay más unidad que la infamia, facilitará el paso de las legiones de Roma para que acampen sobre sus despojos.

En Grecia, Atenas, artista y sensual, cae bajo

el doble cetro de la férrea Esparta; y cuando Esparta se rebaja con la influencia enervante y seductora de Atenas, la domina la ruda Beocia; y cuando el genio que acaudilla la fuerza de Beocia la deja huérfana de unidad, Macedonia, que la posee y que es más inculta aún que Beocia, pero que se conserva más sana que todos los demás Estados helénicos que apenas la quieren reconocer como de la propia raza, los avasalla a todos con poco esfuerzo y sin que se oigan más protestas que los lamentos de un tribuno, que se encarga, sin pretenderlo, de pronunciar la oración fúnebre.

Cuando la púrpura macedónica, extendida desde Atenas hasta Babilonia, sirve de dosel al cadáver de Alejandro, que tiene los funerales sangrientos que él había predicho, y la corona dejada al más digno no encuentra cabeza que ceñir, Roma, que tiene todavía más de la sencilla rusticidad primitiva que de la cultura helénica, emplazada por la Providencia, acude a la cita, y Grecia y Asia caen arrodilladas a sus pies.

Pero llega una época en que el altivo patriciado romano y la plebe elevada a su altura sobre

el pedestal común de los esclavos, se embriaga con los perfumes de Oriente, duerme en los pensiles de Grecia, abandona los arreos militares y se pasa la vida entre Venus y Baco, bañando el cuerpo fatigado en las termas y el alma epicúrea en la sangre de los circos.

El último triunvirato había acabado ya con la degradación de Antonio en el lecho de Cleopatra, donde más que en Accio tuvo digna cuna aquel Imperio, que, con pocas excepciones, pareció una procesión de lobos vadeando ríos de sangre. En sus márgenes celebraron festines capaces de arruinar un reino los Lúculos y Heliogábalos, mientras debajo de sus plantas gemían la virtud en las catacumbas y la libertad en las ergástulas, hasta que, llena la copa de las abominaciones, como en las ciudades de Pentápolis, a un soplo de Dios irritado se estremecieron las selvas de Germania, y dieron a luz un ejército de tribus bárbaras que subió sin fatigarse los Alpes blandiendo la lanza que atravesó el pecho de Roma.

Cuando cayó en el suelo su cadáver, tembló el mundo. Providencialmente había sido partido antes el cuerpo en dos mitades, para evitar que,

si caían juntos, les sirviese Europa entera de ataúd.

. . . . . . . . . . . . . . . . .

*La Revolución Francesa*

Francia la llamó (a la revolución) con un clamor tan fuerte que parece que Sodoma y Grecia y Roma, decadentes, se habían juntado para prestarle sus acentos. Y llegó como una noche funeral que borró del cielo el sol y de las almas la virtud; y cuando empezó a amanecer el orden, el mundo vió con espanto sobre un mar de sangre una isla de esqueletos y de escombros, sirviendo de pedestal al cesto de la guillotina, que había suspendido su tarea porque no tenía más cabezas ilustres que segar.

Allí estaba la de Luis XVI, que representaba la autoridad; la de Andrés Chenier, el arte; la de María Antonieta, el amor martirizado; la de la princesa Isabel, la virtud; la de Lavoisier, la ciencia; y, elevada en una pica, la de Lamballe, que representaba la hermosura; y también estaban allí las de los verdugos, que, no teniendo ya

a quien matar, se degollaron unos a otros, los moderados y los jacobinos. Sólo faltaba una cabeza, que debió aparecer en la escena al representarse la tragedia y que la muerte se llevó demasiado pronto, la de Voltaire, el viejo sin ancianidad, que tenía en el cesto fúnebre su puesto para hacerse a sí mismo su última mueca.

La revolución no se ahogó en la sangre del clero, de la nobleza, del pueblo, de la monarquía, ni de sí misma; se ocultó un poco, afrentada con el asombro de los demás; pero después asomó la cabeza ensangrentada y ganó a nado la orilla del Poder y en el Estado fijó su domicilio público, sin abandonar los secretos que ama tanto. Unas veces tomando la forma de Nerón y de Herodes, y otras la de Pilatos y Juliano, se ha extendido por el mundo y ha penetrado como un aire viciado en los pulmones de Europa. Antes podían señalarse los focos de infección y demarcarlos; hoy está envenenada la atmósfera. ¿Cómo podrá sanearse?, con una cosa cuyo solo nombre produce convulsiones a la impiedad: ¡con incienso!

¿Le quemará Europa en el altar, postrándose

de rodillas ante la unidad religiosa y moral personificada en Cristo? Es más fácil que queme el altar y que se adore a sí propia. Hoy los Estados son ídolos con culto interno, porque se adoran a sí mismos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¿Se querrá contestar con la unidad de la fuerza pública? ¡Pero si está variando de sitio! El servicio obligatorio de una supuesta democracia providencialmente estúpida, coloca las armas en las manos de la muchedumbre sublevada para que fusile mejor a una sociedad que vacila sobre los sillares quebrantados de sus cimientos. Que lo oiga bien esa burguesía escéptica, médula del régimen parlamentario, que ha propagado la impiedad y ha roto la unidad moral del pueblo, creyendo que, al envilecer su alma, iba a cabalgar cómodamente sobre su cuerpo, manejándole con las riendas del Poder y alimentándole con los despojos de su riqueza, que antes fué de la Iglesia y de los pobres... ¡que lo oiga bien! La huelga de los soldados será la última huelga. Entonces el orden material, sin lazos con el Cielo, rodará, como un alud que desploma la tormenta,

desde la cima del Estado hasta las llanuras sociales, aplastando todo lo que defendía. Una nube de ceniza pasará por el horizonte girando en largos torbellinos, semejantes a los pliegues del manto de la muerte; las llamas, asomándose entre los escombros, señalarán el camino que va recorriendo el exterminio acompañado de rugidos y lamentos, y, al extinguirse las últimas hogueras como cirios apagados en charco de sangre, vendrá la noche, la terrible noche, extendiendo sus crespones sobre cementerios habitados por el silencio y que fueron espléndidas ciudades; y allá en el confín de las sombras, como una línea siniestra, centelleará satisfecha la roja pupila de Luzbel.

. . . . . . . . . . . . . . . . .

### *El peligro amarillo*

¿Y dónde estará esa barbarie, providencialmente dispuesta para marcar con el hierro la frente de un mundo apóstata que reeemplazó la Cruz con el signo de la Bestia? Allá en Oriente, la tierra de los prodigios, fuente primera de las

invasiones germánicas y musulmanas, hay un pueblo al que Europa comunicó su cultura externa, pero no la civilización interior, la fe y la moral que a ella le falta y que se ha puesto ya en movimiento hacia Occidente. Un día su cultura y sus armas se extenderán por la inmensa China, siglos y siglos amurallada, como si esperase la orden de romper su propio cerco y entrar en la historia general con la suya solitaria, larga y monótona como sus torres de porcelana.

Y entonces el pueblo, dotado de admirable aptitud para las artes mecánicas, que funde su vida privada en la pública, y la pública en una vaga idea religiosa que no tiene fuerza para levantarle de la materia, hacia la que gravita su alma utilitaria, cruel y sanguinaria hasta haber secado el sentimiento de la maternidad, estableciendo el asesinato legal de los hijos para impedir con una economía malthusiana el crecimiento de la población, se agitará como un Océano; y si el Mikado y el hijo del cielo se funden en una persona, no se necesitará más que un Gengis-Kan que surja de la estepa, un Tamerlán con cañones de tiro rápido que dé la orden de avanzar,

y 400 millones de seres humanos, sacudidos por una corriente eléctrica que los haga despertar de la inercia del opio, atraídos por el colosal botín de una civilización espléndida deshecha, el mar de la raza amarilla empezará a lanzar sus olas; y si la muralla eslava, muy quebrantada con los explosivos nihilistas, se rompe o es empujada sobre el castillo germánico, se desatará una corriente asoladora, ante la cual parecerá un arroyo la que atravesó el Imperio romano y crujirá sobre sus cimientos Europa anegada.

La obra que empezaron los bárbaros de dentro, la completarán entonces los bárbaros de fuera. Chocarán hasta deshacerse las clases y los pueblos, y parecerá que las cordilleras se levantan de sus asientos de granito para tomar parte en el combate. La civilización está entre dos peligros: el peligro social y el peligro amarillo. ¿Sabrá evitar los dos? Yo creo que no evitará ninguno.

. . . . . . . . . . . . . . . . .

## *Dos unidades*

Esta es la explicación sobrenatural y teológica de por qué la ley histórica de compensación entre la civilización y la barbarie se cumple rigurosamente.

Y esa ley, que es un capítulo de la verdadera Filosofía de la Historia (que completa está todavía por escribir), tiene su fundamento en otra ley sociológica de que no es más que la expresión sucesiva al través de los siglos, y que, como todas las de su estirpe, tiene sus raíces en la Psicología y en la Teología.

No hay sociedad sin unidad, y no hay más que dos unidades que puedan ligar a los hombres : la interna y la externa, la moral y la física ; porque a los hombres sólo se les une por los cuerpos o por las almas, si no se les junta por los dos lados a un tiempo. Si no existe la unidad moral, tiene que existir la unidad física ; porque, si no existe ninguna, los hombres están dispersos. Hasta para estar en guerra necesitan unirse los unos contra los otros.

La unidad externa puede coexistir con la interna cuando cumple su deber de ser su sierva; pero, si quiere ser señora, la unidad interna muere, porque es una reina que sólo puede vivir en el trono.

No hay más unidad interna que la que liga a los hombres por sus facultades superiores, por el entendimiento y la voluntad, o determinándolas más, y, en lo que se refiere a sus acciones, por la conciencia y el corazón. Ligarlos por las facultades inferiores sensitivas y vegetativas de la vida orgánica, sería el vano propósito de formar sociedades animales con seres racionales, sin tener en cuenta que la inteligencia disminuye el instinto y la libertad hace imposible su rigidez inmutable.

No hay más manera de ligar la conciencia y el corazón que por medio de una creencia y de una moral, de un Símbolo y un Decálogo. Pero si la creencia y la moral son dependientes de la razón individual que las custodia y las intrepreta, la razón individual es independiente del Símbolo y del Decálogo, porque son ellos los que dependen de la razón.

El conocimiento y la interpretación serán variables con la capacidad, la cultura y la rectitud de los intérpretes, y entonces surgirán creencias e interpretaciones opuestas que, tratando de prevalecer las unas sobre las otras, producirán la lucha; y como no es posible incomunicar el entendimiento y la voluntad, ni partir de un tajo la persona humana para que estén quietos los cuerpos mientras están en guerra los espíritus, las ideas se convertirán en hecho y estallará la discordia; pero como la ley de la unidad interna es esencial, perseguirá a los que la niegan, y, para proclamar su verdad sin quererlo, los fragmentos del error que se reconozcan semejantes se agruparán en sectas y se condensarán en partidos antitéticos, que se excluirán unos a otros en nombre de sus Símbolos y de sus Decálogos.

La guerra será el hecho común que terminará, o por la victoria de la agrupación más fuerte, que, olvidándose de su libre examen, impondrá su creencia y su interpretación, o por un armisticio seguro de paz precaria.

Lo primero será la unidad de la coacción externa de la fuerza sustituyendo a la moral inter-

na; y lo segundo, como es un pacto entre creencias, dejará como residuo la indiferencia, el escepticismo, que acabará con todas las creencias. La duda ocupará el lugar de la fe, la corrupción el de la moral, y la barbarie interna surgirá.

La unidad de la fuerza externa imponiendo una creencia después de afirmar que la razón individual es su único intérprete, es contradictoria; y como la fuerza, separada de la ley moral, no tiene más ley que el interés, y el suyo no es el de los que oprimen, la guerra social terminará después de haber salido de la guerra religiosa y concluirá por perecer a manos de la barbarie.

Esto que la razón demuestra *a priori*, el Protestantismo y la Revolución, que es su consecuencia, lo han demostrado *a posteriori*, de tal manera, que cada miembro del raciocinio puede colocarse a la cabeza de un cuadro histórico.

Luego hay que renunciar a la unidad interna y proclamar el imperio de la fuerza, que es el de la guerra primero y el de la barbarie después, o hay que confesar que la unidad de creencias y ley moral, de Símbolo y de Decálogo, exige un custodio y un intérprete colocado por encima de

las variaciones de la razón individual en una autoridad que sea inmutable como la cosa interpretada, e infalible, para que de sus decisiones se ausente la duda.

¿Habrá necesidad de dar el nombre a esa augusta y sublime fuerza de unidad social?

¡Siempre que las pasiones callan y se piensa hacia arriba, se llega a la Iglesia Católica!

(Fragmentos de un discurso leído por el Sr. Martínez Kleiser en la «Academia Universitaria Católica», el 26 de noviembre de 1908).

# FRANCISCANISMO

# FRANCISCANISMO

SAN FRANCISCO EN ESPAÑA. — EL ESPÍRITU FRANCISCANO ES UN INJERTO SOBRENATURAL EN ESPAÑA. — LAS GRANDES EMPRESAS FRANCISCANAS. — LULIO, COLÓN Y CISNEROS.

San Francisco viene a España, porque la que ama tanto a la Iglesia, tiene que ser amada por él. La que sostenía las cruzadas de Occidente, más venturosas que las de Oriente, no puede dejar de recibir el aliento del que se llamó el segundo Cristo, el Cristo de la Edad Media; y San Francisco de Asís llega al suelo español y penetra por Navarra en el momento que la Religión heroica estaba todavía agitada por la gloria militar, porque han venido polvorientos y victoriosos de las Navas los escuadrones de Sancho el Fuerte. Llega en el momento en que está asegurada para siempre, con la confederación de los

Reyes peninsulares, la reconquista de Occidente; en que sólo falta que un terciario franciscano vaya a bañar su espada, teñida en sangre agarena, en las orillas del Guadalquivir, para preparar la conquista de Granada; llega cuando la Cruzada nacional ha pasado victoriosa por el Muradal y las colinas de las Navas, y viene el sencillo, humilde, ignorado, cubierto con mísero sayal, peregrino y apóstol a un tiempo; y los cruzados triunfantes no advierten que llega con él solo una cruzada más grande que la suya, cruzada espiritual, dirigida por un hombre, que camina a Compostela, la Jerusalén de Occidente, y penetra por el maravilloso Pórtico de la Gloria y va a postrarse ante el sepulcro del Apóstol para aumentar su obra y dilatar su apostolado.

Antes le había precedido su hermano Santo Domingo de Guzmán, el glorioso descendiente del Conde de Traba, que pudo hablar y albergarse con sus deudos, magnates y grandes, aunque muy pequeños ante la majestad de sus virtudes; pero San Francisco, que no conoce a nadie, habla con el pobre carbonero Cotolay, y se alberga en su choza, y le muestra el tesoro con

que levanta templo y convento, que será asilo de la virtud y relicario de amor patrio, y recorre el centro de España, Cataluña y Provenza y Palestina, porque quiere recorrer el mundo y abrasarle en las llamas de su amor *(Aplausos)*.

El amor franciscano es un injerto sobrenatural en el alma española. Por eso, desde San Francisco, parece que se multiplican todas las energías de nuestra raza, y por eso todas las grandes empresas llevan el sello franciscano. Aquel aventurero del ideal, aquella especie de glorioso Don Quijote de la Apologética y de la Teología, que se llamaba Raimundo Lulio, que, después de una vida agitada, cambia de objeto en sus amores, y, tomando armas unas veces de la Teología y Filosofía árabe, y otras de las Escuelas, y principalmente de su soberano ingenio y de la chispa que saltó a su corazón, del corazón de San Francisco, emprendió la cruzada maravillosa con el intento de fundar una Teología natural en que la razón sirva de preámbulo y explicación a las verdades más obscuras de la fe, que hoy mismo suministra, con los fundamentos de sus doctrinas, medios a la dialéctica cristiana para que pueda romper los

anillos de la serpiente evolucionista, enroscada, como la paradisíaca, al árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, en la sociedad moderna *(Grandes aplausos)*.

Y cuando España completó su obra, cuando, no cabiendo ya en el solar peninsular y mereciendo, por haber salvado a Europa de la barbarie musulmana y disponerse a librarla del fatalismo protestante de la predestinación necesaria que iba a empezar, el galardón supremo de la fe con el descubrimiento de un Nuevo Mundo, ¿quién dirige las carabelas marcando con sus estelas un rumbo que cambia la Historia?

En el Pórtico de la Rábida, dos franciscanos, Frey Juan Pérez y Frey Antonio de Marchena, hablan una tarde a la puesta del sol con un Terciario Franciscano. ¡Hora memorable en la Historia en que aquel humilde Pórtico del convento se convirtió en el Pórtico de un Nuevo Mundo, por donde Europa va a América conducida por los hermanos de esta Orden! *(Grandes aplausos)*.

Y cuando, iluminados por constelaciones que no habían visto nunca los ojos europeos, y cuan-

do las ondas de mares, nunca surcados, levantan las gloriosas carabelas y las velas internas se agitan con el aura perfumada de un Nuevo Mundo, mirad bien y veréis que las cuerdas de esas carabelas son una prolongación del cordón franciscano que lleva el que las dirige *(Estrepitosos aplausos)*.

Queremos ir a Africa, cuyas costas nos invitan para que cerremos lo que entonces era un lago español: el Mediterráneo. Y ¿quién es el que a costa de su peculio sostiene la expedición, y conquista a Orán, y desde su mula dirige el asalto? No lleva más faja ni banda sobre el pecho que el cordón franciscano. El gran Cisneros, aquel humilde abad de Salceda, que ignoraba que había nacido emperador, él llevó en su sayal de franciscano el mundo que recibió de los Reyes Católicos y que traspasó, aumentado, al manto imperial de Carlos V; aquel que se dirigía a los nobles con fiereza, y con altivez, que hoy parece desusada, a los Reyes *(Aplausos)*. El más grande político de nuestra raza, el que dió el impulso a todas las grandes empresas políticas y religiosas; el que, como si presintiera la obra de desfi-

guración protestante, en lo que es la ejecutoria de la humanidad, en la Biblia, ideaba aquella portentosa *Políglota Complutense* momentos antes de que falsificara, con su traición, Lutero, la Sagrada Escritura. El gran Cisneros, el político mayor y más excelso que ha producido España; el gran conquistador y el gran descubridor del Nuevo Mundo, están enlazados por el cordón franciscano *(Aplausos)*.

CÓMO EL CORDÓN FRANCISCANO CEÑIRÁ Y SALVARÁ AL MUNDO.

Por eso el espíritu franciscano, que es de amor, salvará al mundo.

Ved la coincidencia: un Terciario ilustre que se llamaba León XIII, salió al encuentro del socialismo con una Encíclica famosa que mereció ser calificada por un gran economista, individualista y liberal, como el beso que daba Jesucristo a los pobres. Por eso yo creo que, aun cuando las olas de la impiedad avancen, no hemos de perder la esperanza. La Iglesia había domeñado

y sujetado las pasiones y las había encauzado, poniendo sobre ellas el deber y extendiendo en el mundo la caridad; y la revolución, que no es más que la reacción pagana contra Cristo, ha desatado esas pasiones, que se han convertido en un río de odio que con sus aguas negras, salpicadas de espumas sangrientas, va socavando los cimientos de las naciones, apartando las clases y los partidos y yendo a precipitarse en no sé qué abismos tenebrosos en donde parecen querer arrastrar hogares, tronos y altares *(Aplausos)*.

Pero cuando esas aguas lleguen a convertirse, por un diluvio de errores, en un océano, aquellos que en las horas de la negación impía y de las vacilaciones cobardes no hemos negado a Cristo; aquellos que le hemos confesado públicamente, en presencia de los poderes que le abandonan o que reniegan de él, tenemos derecho a esperar, porque, por mucho que suban esas olas, sobre la más alta estará siempre la nave que dirige aquel Piloto divino que sabe serenar los cielos y andar sobre las olas *(Estrepitosos aplausos)*.

Y cuando, después de la noche funeral que se acerca, venga el gran día; cuando las conse-

cuencias del mal se encarguen de ajusticiar a las premisas del error; cuando después del castigo llegue la hora de la misericordia, ¡ah!, yo tengo la firme creencia, la esperanza completa de que esa democracia y esa fraternidad divina que predicó San Francisco, llegue a imperar en el mundo; pero será cuando el cordón franciscano, el mejor conductor de la caridad, ciña el planeta como un Ecuador, y el Serafín de Asís se sirva de él para levantar la tierra y suspenderla de los brazos de la Cruz, para que la humanidad se abrace arrepentida al cuerpo ensangrentado de Cristo, y la diestra se desclave como en el cuadro de Murillo, y la oprima contra su pecho, a fin de que apacigüe, en la herida que abrió la lanza, la sed de los eternos amores *(Grandes y prolongados aplausos. Indescriptible ovación).*

(Del discurso pronunciado en el templo de San Francisco el Grande, de Madrid, en mayo de 1914).

# IGLESIA

# IGLESIA

## I

### La Iglesia y la razón

Me decía S. S. que yo atribuía a la Iglesia demasiado poder, pues hay muchísimas cosas que en el orden moral se pueden alcanzar. ¿No sabe S. S. que la Iglesia ha condenado siempre las doctrinas llamadas impropiamente tradicionalistas y que debieran llamarse *revelacionistas*, porque su error no se refería a la tradición, que era el canal, sino a la revelación primitiva, que era la fuente, y cuyo concepto exageraban hasta hacer depender de la palabra externa el pensamiento?

¿No sabe S. S. que la Iglesia ha combatido aquellas doctrinas que menoscaban los derechos de la razón humana, que negaban lo que se ha lla-

mado el prólogo del Evangelio, las verdades psicológicas y filosóficas, que sirven de pórtico a la Teología?

S. S. sabe que todos aquellos que han negado estos derechos de la razón humana, como Bonald y Bautain, han combatido esos derechos en obsequio de la fe, porque creían erróneamente que la fe se sostenía mejor negando aquellos derechos; y por eso la Iglesia los ha combatido; porque la Iglesia combate el racionalismo cuando trata de exagerar los fueros de la razón, pero combate también el revelacionismo que los niega.

Sin los fundamentos psicológicos que la razón demuestra; sin las pruebas de la Teodicea cristiana, ¿cómo se había de levantar el edificio de la Apologética católica? Si ha examinado S. S. — que no lo dudo — algún libro de Teología o de Apologética, habrá visto, con sólo fijarse en las proposiciones fundamentales, que primero establece el problema *crítico* de la certeza; después afirma el problema *psicológico*, y, resuelto éste y el *cosmológico* con la Teodicea racional, trata de la *necesidad de la revelación*, y demuestra su necesidad *moral* y su *posibilidad*, y su *existencia*

como un hecho. Todas las bases que establece son racionales, lo mismo que las de la Etica ; y si se negara la razón, habríamos quitado el principio fundamental para conducir a la aceptación de las verdades de la fe a los que la niegan o la ignoran.

Por consiguiente, a mí no me puede argumentar S. S. con el desconocimiento de esos derechos de la razón, porque procuro ejercitarlos en todos los órdenes de la vida, y nunca, en ninguna indagación científica, he tenido que tropezar con las murallas del dogma. Cuantas veces los filósofos impíos protestan contra las murallas del dogma, allí donde Santo Tomás de Aquino y San Agustín podían desplegar las alas del genio ; donde no tropezaban Suárez y Vives ni aun Descartes ; donde una legión de sabios fundadores de ciencias pudieron desarrollar toda la fuerza de su espíritu ; donde tantos pensadores modernos ilustres lo han hecho, hay muchos que creen que van a quedar sin poder allí agitarse ni moverse, porque van a encontrar en cada momento los muros graníticos del dogma. Eso me parece a mí que es lo mismo que si se quejara

un gorrión de estar prisionero en la atmósfera, o una mosca de estar prisionera entre los muros de una catedral gótica. Hay allí amplitud suficiente para moverse sin obstáculos; de tal manera, que pudo un filósofo católico contemporáneo expresar gráficamente la relación del progreso y de la fe diciendo que en el mar del dogma católico podía navegarse como lo hacen las naves que cruzan por el Océano, sin tropezarse unas con otras, por muchos que sean los círculos que describan sobre las ondas.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el 3 de marzo de 1906).

## II

CÓMO CONSTRUYÓ LA IGLESIA LAS NACIONES. — LOS TRES ELEMENTOS: EL ROMANO, EL BÁRBARO Y EL INDÍGENA. — INFLUENCIA SOBRE CADA UNO DE ELLOS.

Hace tiempo que yo había formulado esta síntesis histórica que había recogido laboriosa-

mente, estudiando las páginas y los anales de los pueblos europeos: las naciones no son las soberanías políticas independientes que forman los Estados oficiales, que se pueden constituir después de una batalla, o que se pueden constituir por los náufragos sobre una isla desierta; sino las unidades morales que enlazan simultánea y sucesivamente a muchas generaciones hasta infundirles un alma colectiva, sellada con un carácter común que se descubre en todas las manifestaciones de la vida. Y cuando quería saber quién era el arquitecto de esos edificios europeos, llegaba a esta conclusión: que la nación la había formado la Iglesia con argamasa germánica, con sillares rotos de Roma y con maderas indígenas sobre el ara del altar y poniéndola por plano su propia jerarquía *(Aplausos)*. Así se construyó España, así se construyeron todas las naciones europeas, que en esta hora, más que en acrecentamiento, están en disolución, porque van perdiendo lo que quedaba de la unidad que enlazó todos esos elementos. A la caída del Imperio romano, en medio de la polvareda de las ruinas producidas por los bárbaros, tres cosas quedaron

en pie y en lucha: el elemento que representaba Roma, que era el predominante; el de los pueblos indígenas, tan vario, y el elemento bárbaro, que así puede llamarse para comprender todos los pueblos invasores que no estaban comprendidos únicamente en el germano, que cayeron sobre los despojos del Imperio. Estos tres elementos tenían caracteres contrapuestos, contradictorios; formaban una verdadera antítesis; había necesidad de una unidad que los enlazase. El elemento romano representaba el poder inmenso que Roma había ejercido y aún ejercía, sobre todo en los pueblos que después se llamaron latinos; pero su poder no nacía de la sangre, que era poca en el Lacio y que estaba de diferente manera compuesta en esos mismos pueblos que ahora se llaman latinos; su poder provenía de la lengua y de la legislación; era una influencia jurídica y una influencia filológica. El elemento bárbaro tenía también un carácter universal, porque, merced a la invasión, a la conquista y al reparto de tierras, nació el sistema feudal, en el cual se vaciaron directa e indirectamente todas las instituciones, hasta el punto de que aquellas regiones

o aquellos Estados, como los escandinavos, donde no hubo invasión, ni conquista, ni reparto de tierras, sufrieron la misma influencia y tuvieron instituciones similares a las que se fueron dibujando sobre los miembros deshechos de Roma, cuando empezó a clarear la noche de la barbarie. El elemento indígena era un grupo de variedad, de divergencia, de oposición y de contraste. ¿Quién unirá esos tres elementos? La Iglesia ejerció una decisiva influencia sobre cada uno de ellos, primero, y, después, sobre todos juntos, para enlazarlos en una gran unidad.

El elemento romano, en cuanto a la lengua y al derecho, fué salvado por la Iglesia; la lengua latina, base de las neolatinas y romances, hubiera desaparecido entre los aullidos de la barbarie, si la Iglesia católica, al inclinarse sobre Roma moribunda, no la hubiera recibido, como un ósculo en sus labios *(Aplausos)*. Ella la conservó en el más grande de sus ritos; ella la conservó en las obras de todos los Padres occidentales y de sus grandes Doctores escolásticos, en las actas de sus Concilios, en la traducción más autorizada y común de la Biblia, y hasta en los restos de la

misma literatura clásica, salvada en los monasterios por los monjes que fueron copiando los manuscritos de la antigüedad a la luz tenue de la lámpara del santuario *(Aplausos)*.

El Derecho hubiera también desaparecido, lo mismo que hubiera perecido la lengua, si un emperador católico, a pesar del medio adverso, al mismo tiempo que levantaba Santa Sofía, no hubiese coleccionado los textos legales, salvándolos para siempre; y aun ese emperador no hubiera consumado su obra sin las escuelas fundadas por los hijos de la Iglesia en Rávena y en Bolonia, acrecentada con el descubrirmiento de Amalfi. La Iglesia perfeccionó el Derecho romano ciñendo la propiedad egoísta con los deberes morales, afirmando la unidad e indisolubilidad de la familia y borrando las grandes manchas que lo afeaban: los césares y los esclavos.

De este modo, la Iglesia, que salvó la lengua latina y salvó el Derecho de Roma, tenía una base para ejercer una influencia predominante en el Estado. Pero la Iglesia transformó las gentes bárbaras, que no habían podido arribar al concepto de Nación ni al de Estado, porque no

habían logrado sobrepasar el concepto de tribu, haciendo penetrar en ella su jerarquía y poniéndoles delante de los ojos aquel gran ideal, aquel alcázar de oro que describe en páginas memorables un escritor positivista como Taine.

En el fondo del elemento indígena puso una ley moral que le sirvió de trabazón, que hizo desaparecer antagonismos de los grupos étnicos rivales, que engendró nuevas costumbres y borró las opuestas a la virtud, y logró que, en vez de semirrazas originarias, llegasen a concluir por ser psicológicas, porque se distinguen por las cualidades del alma, más bien que por los atributos del cuerpo.

(De la Conferencia dada en el Teatro Principal, de Burgos, el 25 de julio de 1921).

## III

## SÍNTESIS DE LOS DERECHOS DE LA IGLESIA

¿Cuáles son los «derechos de la Iglesia» que hay que «reconquistar? Se habla de ellos vagamente, pero no se los enumera en concreto mos-

trando su enlace lógico. Señores: los derechos de la Iglesia, como los de todas las sociedades y los de todas las personas, son medios para alcanzar su fin y toman de él su fundamento objetivo. Y como el fin de la Iglesia se identifica con el fin supremo del hombre elevado al orden sobrenatural, la sociedad constituída para conducir a él, tiene que ser «completa» o perfecta; esto es, de tal naturaleza, que tenga en sí todos los medios necesarios para cumplir su destino y que no necesite depender de otra sociedad para alcanzarlo; porque, si dependiera de la otra, en la misma medida en que dependiese, dependería su fin, y ya no sería último ni supremo, y no sería Iglesia una entidad subordinada a otras sociedades cuyo fin propio no saliera de los linderos del tiempo. Por eso tiene todos los derechos propios de las sociedades completas, y, por lo tanto, la facultad de ejercer plenamente las funciones esenciales de la soberanía, y así «legisla, juzga y ejecuta».

Pero, como tiene un fin espiritual y sobrenatural, que no tienen como propio las demás sociedades, conforme a ese fin tiene, por decirlo así, otra categoría de derechos privativos y sin los

cuales estarían en contradicción su naturaleza y su destino, por ser inadecuados y encontrarse rota la correspondencia entre los dos. Y como las relaciones de la Iglesia pueden ser «interiores o exteriores», de aquí la división que han hecho algunos tratadistas en derechos «internos», esto es, los que se refieren a sus súbditos, y «externos», es decir, los que se refieren a las sociedades civiles y a los Estados, sean o no católicos.

El derecho «autárquico», o a regir su vida íntima, es el primero de los internos y que de una manera eminente comprende todos los de su especie; porque supone el derecho de «magisterio» que comprende los de definir el dogma y la moral, enseñar la doctrina religiosa y vigilar por su pureza, condenando las doctrinas contrarias; el derecho «sacramental» y el «litúrgico» para administrar los sacramentos, como comunicadora de la vida sobrenatural, y para regular el culto interno y externo; el derecho «jerárquico», que los anteriores suponen, de establecer su doble jerarquía de orden y de jurisdicción para el gobierno del pueblo fiel, de donde se deduce el de escoger y designar sus ministros y regular la prác-

tica de los consejos evangélicos aprobando y fundando Ordenes y Congregaciones religiosas; el derecho de «comunicación» entre los miembros de la jerarquía con los fieles y del Jerarca Supremo con todos; el derecho de «cristianizar» o evangelizar el mundo, esto es, de propagarse y establecerse en todas partes, que existe, aunque les salga el mal con el martirio al encuentro, porque la Iglesia es, como la Redención, universal, y destinada a cobijar bajo su manto la tierra; y, finalmente, el derecho «económico», o sea el de propiedad sobre los bienes temporales, que exige como medios el ejercicio de todos esos derechos fundamentales internos, desde el sustento de los ministros hasta las necesidades del culto y la defensa y la difusión de la doctrina. Negad cualquiera de estos derechos, y, habiendo destruído un medio necesario para el fin, habréis negado a la Iglesia, porque no puede conseguirlo. ¿Qué mejor prueba de que le son esenciales?

De los derechos internos se derivan los «externos», que no son más que una consecuencia suya, aplicada a las relaciones intersociales de la Iglesia; porque, como las relaciones entre las so-

ciedades se fijan por la relación «entre sus fines», es preciso hacer sobrenatural el fin propio del Estado, y natural el fin de la Iglesia, para que sea ella la que esté subordinada; o, lo que es lo mismo, es necesario negarla primero como Iglesia para someterla después como entidad inferior. Así es que no hay término medio: o negar el fin de la Iglesia, que es negar a la Iglesia, o reconocerlo y subordinar a él indirectamente el fin del Estado; o negar la jerarquía entre los fines sociales, que es negar a un tiempo la Iglesia y el Estado, porque es negar el orden en las causas finales, y, por lo tanto, en las actividades y en las normas, trasladando la anarquía a las causas eficientes, para que sea universal. Luego hay que caer en la heterodoxia o en el absurdo de admitir a un tiempo y sobre el mismo punto proposiciones contrarias, o es forzoso reconocer el derecho externo de «superioridad» de la Iglesia, no total y directa, sino «parcial» e «indirecta», es decir, sobre todo aquello que exige el cumplimiento de su fin supremo; pues, en lo «puramente» temporal, el Estado es independiente, o mejor dicho, la sociedad civil en la jerarquía de sus personas

colectivas, de que el Estado en su sentido estricto es sólo la más grande. El derecho de superioridad implica el de «cooperación» o protección, es decir, la facultad de reclamar el auxilio de los medios materiales que pide el cumplimiento del fin y que, si la Iglesia no tiene de un modo actual, tiene de un modo virtual, puesto que la subordinación no es sólo «negativa», para no contrariar, sino «positiva», para favorecer; siendo además «mutuo» el auxilio, pues la Iglesia presta la inmensa cooperación moral a cambio de la material que subsidiariamente recibe. La superioridad, consecuencia del fin, y la cooperación, consecuencia de la superioridad, comprenden el derecho de «inmunidad», que pone fuera de la jurisdicción civil a las cosas y personas sagradas, porque no es justo, como lo reconocieron los mismos Estados paganos, que lo que está dedicado inmediatamente a Dios, esté en igual condición jurídica que lo que esté destinado inmediatamente al hombre.

Pero estos derechos suponen uno previo y sin el cual no pueden existir: el derecho de «independencia», que es inherente a la Iglesia, en

cuanto es reino, es decir, en cuanto es sociedad completa y en cuanto es religión. Sin los derechos de superioridad y los consiguientes de cooperación y de inmunidad, la Iglesia puede existir en las naciones, conservando el ejercicio de varios derechos internos, aunque esté perseguida o nada más que tolerada por el Estado, como lo demuestra en la Historia el ejemplo de muchos poderes heterodoxos; pero con el de independencia, negado radicalmente, sólo puede existir en las Catacumbas y en el Circo.

La Iglesia, señores, es la más vasta unidad religiosa, moral y jurídica que se ha conocido en el mundo, concretada en una sociedad perfecta que tiene por su naturaleza carácter internacional, y que subsiste perpetuamente con la integridad de sus derechos augustos, aunque muchas veces el vicio y la impiedad, que son las dos formas del mal entre los hombres, levanten barreras a su ejercicio y nieguen algunos cuando no pueden negarlos todos. Y porque es unidad jurídica intangible, no se puede negar uno sólo de sus derechos sin que todos se resientan. Pero como es el orden divino manifestado socialmente entre

los hombres, es una sociedad jerárquica y sus derechos están escalonados lo mismo que sus miembros y según la categoría de los medios, que son como radios que convergen en el fin, que es su centro. Y así, en el orden jerárquico de los derechos externos, el primero es el de independencia, que es el de «libertad» ; porque si no existe independencia, no existe superioridad, pues no se reconoce la primacía a quien no se le reconoce ni siquiera la igualdad ; si no existe independencia, no existe inmunidad, que no es más que un efecto de la independencia ; y no existe la cooperación, porque ni reconoce el deber del auxilio quien no tolera en el que lo reclama ni aun el derecho de vivir sin recibirlo. Por eso, señores, el derecho de «independencia» y «libertad» es el «primero de los derechos externos» de la Iglesia, la garantía de sus derechos internos como religión y como culto, y el atributo de su soberanía como sociedad completa. Esta es la razón de que dondequiera que ese derecho esté negado, aunque no sea radicalmente, no existan los demás derechos externos, o que estén mutilados y sujetos a continua amenaza, y que se encuentren violados los

derechos internos, como el de propiedad, el de enseñar y vigilar las doctrinas, el del ejercicio público del culto, y sufra asedios cesaristas el de libre comunicación y el mismo magisterio dogmático.

Luego es necesario, imperioso, empezar la reconquista de los derechos de la Iglesia por el de su «independencia» y «libertad», que es condición precisa de todos los demás ; y, por lo tanto, es preciso lograr dos cosas : la autonomía económica, para que ella forme, con lo que es suyo, su propio presupuesto y no le reciba de un Estado hostil que regatee, como si pusiera límites a una merced, lo que ya es merma de una indemnización sagrada ; y la autonomía administrativa, para designar todos sus miembros sin patronatos que puedan llegar a cercenarla.

(Trozos de un discurso publicado en *El Pensamiento Español*, el 16 octubre 1919).

## IV

### LA NUEVA ESTRATEGIA Y LA NUEVA TÁCTICA PARA LA RESTAURACIÓN CATÓLICA.

Pero ¿cómo se restaura el espíritu católico que anima las tradiciones? ¿Cómo se restauran las creencias católicas que eran centro del espíritu tradicional, y se las difunde por todos los miembros de nuestra sociedad, devolviendo la vida a los que están yertos, aumentando la energía de los que aun no han sucumbido, llevándolas hasta la cima del Poder para que recobren en el Estado su imperio? No se puede contestar a esta pregunta sin examinar la última parte, por cierto importantísima, de la fórmula de la unión de los católicos, que se refiere al procedimiento y la conducta para la reconquista de la tesis perdida.

Los medios legales y pacíficos, la evolución prudente, es lo que se preconiza como el mejor método de restauración católica. Y a este proce-

dimiento se le considera de tal modo importante, que discrepar de la regla de conducta que él señala, es romper abiertamente con la fórmula de unión; por lo cual bien puede decirse que, más que procedimiento, es uno de sus principios capitales.

¿Y cuáles son los fundamentos en que se apoya? Un error de estrategia y una nueva táctica opuesta a todas las que se han conocido en la historia de las luchas políticas y militares. El error de estrategia es, precisamente en lo que se refiere a la conducta, la causa principal del estado de la Iglesia en España y de la situación de los católicos españoles. ¿Y en qué consiste ese error de estrategia? Consiste, señores, en que estamos siempre a la defensiva y no tomamos la ofensiva nunca. Todo se reduce a parar los golpes fuertes, a resistir cuando nos atacan mucho, y mientras tanto a descansar de la inercia, esperando descuidados la nueva acometida. Aun los momentos heroicos de las luchas cruentas a que debemos todo lo poco que conservamos, tuvieron más su origen en las agresiones de los adversarios que en las iniciativas propias. Y no hay que

decir lo que ha sucedido en los largos períodos de paz material y de lucha moral. Esta es la razón, señores, de que nuestra historia contemporánea resulte una serie de treguas y armisticios que suelen acabar en pactos que llevan aparejada una infamante servidumbre.

La guerra exclusivamente defensiva, lo mismo en las luchas guerreras que en las campañas sociales y en las batallas de doctrinas, sólo se acepta, como lo prueban los tratadistas militares y los maestros de la controversia (porque al fin la Estrategia y la Táctica no son más que una dialéctica de la acción), como una triste necesidad de los débiles, que resisten retrocediendo para que el avance excesivo del enemigo haga vulnerables sus líneas prolongadas, y pueda trocarse en vigoroso ataque lo que empezó en defensiva calculada. Y cuando no es así, por fuerte que sea el ejército que limita sus empresas a resistir la violencia, no conseguirá otra cosa que pactar con la muerte y abdicar hasta de la esperanza de la victoria. El ofensor concentra libremente sus fuerzas sobre un solo punto y obliga al defensor a abandonar parte de sus dominios por acudir a

los más amenazados; y aunque el ataque sea simulado, tiene que fraccionar las huestes para defender, sin fácil comunicación, puntos diversos y a un tiempo. Si por acaso la victoria corona su esfuerzo, hace de los laureles una almohada donde reposa tranquilo, hasta que le obliga a despertar, sobresaltado, una nueva agresión del enemigo, repuesto ya del desastre que le proporciona su desmayo. Y si, como sucede casi siempre, es la derrota la compañera de la defensa exclusiva, pronto encuentra el agresor un nuevo auxilio, ¡ el de la discordia de sus enemigos !, y los que no tomaron la iniciativa y atacaron cuando eran fuertes, la toman osadamente unos contra otros cuando son débiles. Entonces empieza el desaliento a cundir en sus filas y comienzan las transacciones con el adversario, proponiéndole un *modus vivendi* en el que entre como primera concesión la dignidad y el territorio perdidos. Y los que no se resignan a ser muzárabes degenerados dentro del Califato revolucionario, al encontrarse rodeados de enemigos por todas partes, con el adversario enfrente y sus auxiliares a la espalda, dan principio a las grandes disputas sobre quié-

nes son los mejores soldados y los más expertos caudillos. ¡Extraña discusión! En los tiempos de combate los mejores son... los que combaten mejor *(Entusiastas y prolongados aplausos)*.

Señores: con esa estrategia se puede hacer el recuento de todas las batallas que se han perdido, pero no es posible empezar la lista con una sola que se haya ganado *(Muy bien)*.

Durante todo el siglo XIX no hay en España una sola década en que no haya perdido algo la fortaleza de la fe. Un día cae una almena, otro se ciega un foso, más tarde se derrumba una torre, después se cuartea un muro; y no está toda en el suelo, porque ha habido quienes acometieron por fuera al adversario. ¿Y todavía habrá quien defienda semejante estrategia, que no es más que la teoría de la derrota? La sabiduría popular la condenó en uno de sus gráficos apotegmas: «El que pega primero pega dos veces»; pero los católicos españoles repetimos filosóficamente la súplica del general griego: «Pega, pero escucha». Y la Revolución, que no es en sus distintas formas más que la fuerza impía, pega pero no escucha; y si escucha, es para llamarnos

¡provocadores! — como el lobo de la fábula al cordero que bebía más abajo — y después pega otra vez. Que nunca la prudencia de la carne y la audacia se han encontrado frente a frente, sin que la audacia haya dejado de poner su pie sobre la cerviz de la prudencia. ¡Y, sin embargo, no aprendemos! La ley del escarmiento parece que no rige para los católicos españoles *(Grandes aplausos)*.

¿Y cuál es la táctica correlativa de esa estrategia melindrosa? La nueva táctica es obra de tratadistas reflexivos y pacientes, inmunes de todo ardimiento imprudente. Junta en admirable síntesis una dulzura humanitaria que la aparta con desdén de la fuerza y con horror de la sangre, y una astucia sutil y penetrante que deja atrás la tan conocida de la serpiente. De este prodigio psicológico ha salido una teoría tan original, que está llamada a cambiar todos los métodos de combate. Ella es la que ha resuelto el extraño problema de hacer la guerra sin la guerra y de ganar batallas sin librarlas. Hasta ahora se había creído que los tratados eran posteriores a las batallas, y que la guerra era anterior a la paz.

¡Error profundo, señores! La paz debe preceder a la guerra, y así se consigue que no llegue nunca su turno a la guerra, y que sea la paz perpetua. El procedimiento, para ser adecuado al principio, tiene que ser opuesto a las antiguas preocupaciones militares. Al tradicional *si vis pacem, para bellum,* se opone este axioma también tradicional y de indudable evidencia: «cuando uno no quiere, dos no riñen». Pero ¿cómo se evita que riñan los enemigos con nosotros? De un modo muy sencillo, pasándonos a su campo *(Risas)*. ¿Y os parece que eso resulta una traición? Todo lo contrario. En la nueva táctica, los católicos se deben pasar al campamento enemigo con armas y bagajes; pero para rendirle cuando llegue la ocasión, andando el tiempo. Pero ¿cómo? si acepta la bandera y la organización del ejército enemigo, aún más, si forma en sus filas. ¿Que eso es una traición a la bandera que se abandona? No, no; se acepta la bandera y la organización, pero con toda suerte de reservas mentales y morales, y además con segunda intención *(Risas)*. El objetivo es siempre el triunfo de la tesis católica: los puntos de etapa que hay que

recorrer son los siguientes: primero, introducción en el campamento y reconocimiento del enemigo; segundo, incorporación en las filas del cuerpo de ejército de procedimientos más suaves, del más cauteloso y menos terrorista, formando en su ala derecha; tercero, hacer valer el refuerzo para reclamar puestos en la jerarquía, hasta seguir poco a poco a los grados más altos y llegar a tomar parte en la dirección. Y ¿cómo se consigue? Se espera, porque las grandes empresas requieren la madurez del tiempo. Y si el ejército enemigo, al ver despejado el campo de adversarios, y llevando a los vencidos entre sus huestes para vigilarlos mejor, se lanza contra los últimos baluartes para tomar posesión definitiva de todo el territorio, ¿qué hace el ala derecha del cuerpo de ejército menos terrorista? Influir, trabajar para que no se verifique el avance; y si se verifica, procurar que sea de la manera menos violenta, y de todos modos caminar entre las huestes enemigas con heroica resignación y siempre con los ojos fijos en las estrellas del ideal, esperando que llegue el día pacífico y legal del desquite *(Risas)*.

Y ¿cómo llega ese día lejano? Ascendiendo en la jerarquía, apoderándose de los altos cargos hasta lograr la dirección por lo menos en la mitad del ejército... ¿Y entonces se da una batalla contra la otra mitad? No, eso sería peligroso, porque sería jugar en una aventura las conquistas obtenidas con tan porfiados y lentos esfuerzos. Lo que entonces se hace es ir reclutando elementos y fuerzas en la sociedad, nutriendo las filas con los recursos que ofrece la participación en el Poder; es decir, que se suspende la conquista política de arriba y se empieza la conquista social de abajo, hasta estrechar las fronteras del ejército francamente revolucionario, reduciéndole a la impotencia. En este momento supremo no hay ya necesidad de ocultar con velos constitucionales el sol del ideal, la estrella de la tesis; entonces se descubre resueltamente, y, al resonar de las trompetas católicas, caen al suelo los muros de la ciudad anticristiana *(Risas)*.

Pero, ¡señores!, un plan tan largo, tan profundo, tan sutil, tan prudente, concienzudo y laborioso, tendrá por fuerza que realizarse con extraordinario sigilo y por medios tan recónditos y

ocultos, que sean a los ojos de los enemigos arcano impenetrable. Y como los hijos de las tinieblas son más avisados que los hijos de la luz, ¿será posible engañarlos con esta táctica tan refinada? Porque si lo advirtieran ellos, que son astutos, darían buena cuenta de esa táctica del fraude piadoso, convertido en procedimiento de combate, y es muy probable que gritaran indignados: ¡Hipócritas, habéis vestido nuestro uniforme para traicionarnos; no sois los antiguos y resueltos enemigos de antes, porque aquéllos peleaban frente a frente, y no sois de los nuestros, puesto que queréis rendirnos; hay que arrojaros de todas partes por fariseos! Pero eso, señores, es una dificultad pueril para la nueva táctica. Eso no sucederá, y no hay necesidad alguna de sigilos, de secretos y de arcanos. La nueva táctica no tiene nada oculto, ni siquiera la segunda intención *(Risas)*.

Aunque os asombre, empieza por comunicar a tambor batiente todo el plan al adversario, y, cabalmente, su éxito consiste en pregonarlo; que se congreguen las gentes por todos los ámbitos del antiguo teatro de la guerra; que se acerquen

al campamento revolucionario y depositen allí las viejas espadas; que se desciñan las mohosas armaduras y se vistan la nueva librea y pidan puesto en las filas, diciendo: venimos aquí, abandonando nuestra bandera, a militar bajo la vuestra; aceptamos vuestra organización, vuestras leyes, vuestras conquistas; formamos en el ala de uno de los cuerpos de vuestro ejército, pero advertimos noblemente una cosa: que toda esta aceptación de bandera, de leyes, de organización y hasta de uniforme y de armas, es provisional, circunstancial, porque nuestro propósito es apoderarnos de los parques y de los fuertes y de la dirección, y formar el Estado mayor para acabar con vosotros y con vuestras leyes y con vuestra organización, no respetando más que los parques y los fuertes y el territorio, porque no son vuestros.

¿Y creéis, señores, que ante tales manifestaciones acabará ahí la táctica del fraude piadoso con una carcajada de los adversarios, o con un copo de las sencillas fuerzas que pasan a ingresar en su ejército, o con un motín y un combate a la entrada del campamento enemigo? Pues nada

de eso; los adversarios se sonríen, se dan por enterados de la segunda intención y del dolo y del fraude piadoso, y, lejos de enojarse ni preparar las armas para el combate, abren los brazos, agasajan a la futura ala derecha, y hasta los cuerpos más terroristas aplauden el espíritu amplio, la política abierta y patriótica de las nuevas huestes *(Risas)*.

¿No es verdad, señores, que todo esto es admirable, estupendo y prodigioso? Van a engañar piadosamente, pero, al engañar, lo anuncian, lo repiten en el momento del ingreso; y los que van a ser engañados, los que serán vencidos y vendidos en su día, celebran con luminarias y regocijos la derrota futura, que se ha introducido como una sierpe en su seno.

El ánimo, sobrecogido de sorpresa ante tan inauditos contrastes, se pregunta lleno de zozobra: pero ¿quién engaña a quién? O los nuevos tácticos engañan a los que no quieren ceder ni continuar con la estrategia de la defensiva perpetua, sino apercibirse para el asalto de las fortalezas enemigas y aplastar a la fuerza con la fuerza, — o los enemigos complacientes y solícitos, que se

hinchen de júbilo con el refuerzo engañoso, engañan a los nuevos tácticos que se le proporcionan, — o son los nuevos tácticos los que se engañan a sí mismos, creyendo engañar a los demás, y hasta pensando prestar un servicio a la buena causa, aunque sea por ministerio de un fraude piadoso.

No caben más extremos, ni es posible lo que los dialécticos llaman la retorsión en este trilema, porque no hay términos medios entre los miembros de la disyuntiva. No se puede aceptar el primer extremo y creer que los nuevos tácticos quieren engañar pérfidamente a los católicos intransigentes y resueltos, siquiera por razones de caridad y porque no se puede dudar de los ingenuos propósitos de algunos santos varones; no se puede aceptar el segundo y suponer que tenemos por enemigos a sencillas codornices, porque esto es ignorar absolutamente la psicología y la historia de nuestros adversarios; luego hay que aceptar el último extremo y creer que no hay otros engañados que esa pía legión de Macabeos incruentos *(Grandes risas y frenéticos aplausos)*.

Pero esta táctica, que ni es defensiva ni ofen-

siva, ni siquiera inofensiva... *(Nuevas risas)*, porque es útil para los adversarios y dañosa para los que no lo son, tiene además el inconveniente de que es mala y no es nueva y por ensayar, pues hace siglos que ha sido pasada por el tamiz de la experiencia; y la táctica mozárabe y muladí de los que se resignaron a vivir y a mezclarse con los dominadores musulmanes, acatando las instituciones y entrando en la legalidad sarracena, y no empleando otros medios que los pacíficos y legales que ella autorizaba, con lo que consiguieron ser sepultados por las alas sucesivas de la barbarie africana que atravesaron, rugiendo, el Estrecho, o esperar a que los rescataran los intransigentes de las montañas, los que no acataron las instituciones enemigas, ni entraron en su legalidad, ni se resignaron a la estrategia de la defensa, sino que tomaron resueltamente la ofensiva, y restauraron esta Patria de que nos enorgullecemos, que a la táctica ofensiva se debe, y que, por no saber seguirla e imitar la de los mozárabes y la de los muladies, vamos perdiendo *(¡Bravo, bravo!)*.

## V

### LOS MEDIOS LEGALES Y PACÍFICOS

¡Que se deben emplear los medios legales y pacíficos! ¿Quién lo duda? Pero ¿acaso esos medios son suficientes, no ya para restaurar la tesis católica, sino para mejorar de un modo estable la suerte y poder poner en peligro al adversario? ¿cuándo se ha hecho una revolución católica, es decir una restauración de la verdad dentro de la ley enemiga y contra el poder que la ha establecido y que la mantiene violando los derechos de la Iglesia?

Señores, las instituciones humanas sucumben en la historia cuando niegan el principio a que deben la existencia, o degeneran los que las personifican hasta hacerse indignos de representarlas. Y eso sólo sucede cuando no combaten contra sus adversarios y se consumen en la inercia; pero cuando nacen en la lucha, y por la lucha y la violencia logran imponerse, y en la contienda viven, no se apaga en ellas el instinto de con-

servación, ni las ataca la manía del suicidio hasta el punto de dar a los adversarios armas a propósito para que las derriben y les den la muerte. Creer que el liberalismo radical o doctrinario, prudente o audaz, que es, como hecho, la secularización del Estado y la continua secularización de la sociedad, es tan generoso que, olvidándose de su historia y de los esfuerzos que ha tenido que hacer para realizar lo que llama sus conquistas, va a entregar a sus adversarios las armas y los medios que necesitan para que puedan vencerle y suplantarle en el mando, me parece una aberración que sólo puede ser explicada en uno de estos supuestos: o en el de la ignorancia inverosímil de la historia contemporánea y de la naturaleza del derecho nuevo, — o en el de una perfidia a la que no la importa sacrificar la verdad y sus defensores a cambio de un interés precario y mezquino, — o una de esas confusiones que se apoderan de algunas almas en vísperas de las catástrofes y que las anegan en un escepticismo práctico y que llegan a acogerse, empujadas por el miedo, a un recurso de momento para vivir al día.

Los que obedecen al primer motivo están incapacitados para la lucha, y no deben hablar de la unión para realizarla, porque empiezan por desconocer la naturaleza, la historia y los propósitos del adversario. Obedecer al segundo motivo implicaría la traición de reunir a los católicos que, conforme al espíritu tradicional, no ceden, ni transigen, ni consideran definitiva la obra revolucionaria, para entregarlos a los poderes liberales, haciéndolos formar en las filas de sus enemigos y diciéndoles : ahí los tenéis, eran vuestros adversarios dispuestos siempre a amargar vuestros triunfos y derribar vuestro poder ; os los entregamos en rehenes ; formad con ellos parte de vuestras milicias, y, en cambio del servicio, mejoradnos a nosotros de suerte. La perfidia en este supuesto, que sólo como uno de los extremos de la disyuntiva se puede discutir en una hipótesis imaginaria, sería la indignidad puesta al nivel de una torpeza que creería contar demasiado con el candor de los entregados y la gratitud de los vencedores libres de un enemigo enojoso. Y el tercer supuesto, el que obedece a un escepticismo práctico, incurre en la contradicción de creer, por un

lado, en la verdad religiosa que se profesa en el orden privado, y, por otro, de dudar de ella en el orden público, al suponer la perpetuidad de la obra revolucionaria y encerrarse en un pesimismo sombrío. Sin tener en cuenta, señores, que, aunque la catástrofe social, término de la revolución, sea hipotéticamente inevitable dada la magnitud del mal y la marcha de los sucesos, detrás de ella está la reacción del orden cristiano contra el desorden pagano de la ateocracia moderna, y su restauración estará en razón directa del esfuerzo que hagamos para merecerla. Y como la catástrofe no será igual en todas partes, porque en el plan providencial la pena nunca deja de ser proporcionada al delito; y empezará en unas partes primero que en otras, y no será en todas tan difícil de conseguir la restauración; si no se quiere caer en la impiedad de suponer que la obra de la Redención es estéril aunque la voluntad la secunde, es necesario aceptar resueltamente el combate sin ceder nada al adversario, teniendo en cuenta estas dos cosas: que el éxito depende del deber como un galardón, y no el deber del éxito como un medio de alcanzarlo, y

que las conquistas de nuestros enemigos no son más que las transacciones nuestras *(Aplausos)*.

Señores, cuando tanto se habla y se ponderan los medios legales y pacíficos, no se repara ni se medita en qué consisten ni de qué dependen. ¿Cuáles son esos medios? Tratándose de los españoles, las garantías y derechos que la Constitución reconoce a los ciudadanos. Todos podemos por igual emplearlos en teoría; pero en la práctica, por aquello que hace que las cosas caigan del lado a que se inclinan y no al opuesto, los mayores enemigos del orden social gozan de la preferencia en el ejercicio de esos derechos, porque cuentan con una benevolencia y una tolerancia que no disfrutan los católicos. Y si son desiguales en el ejercicio, porque las simpatías y el amparo de los Gobiernos, como hechos recientes lo demuestran, se inclinan, como es lógico, de la parte de los que al fin, aunque más radicales, son discípulos de la misma escuela, y no de parte de aquellos que mantienen la afirmación contraria, ¿cómo se han de lograr, no ya triunfos, sino ventajas positivas, si empiezan por ser las armas primero insuficientes y después inferiores a las

que emplean, no sólo los adversarios, que usufructúan el poder, que ésas ya son de una superioridad evidente porque ellos, que las forjan, se reservan las mejores, sino hasta aquellos otros enemigos que parecían estar equiparados bajo la tolerancia del mismo Poder? Pero todavía esa desigualdad práctica de medios, con ser importante, significaría poco, si la dependencia de los medios legales no se agravase hasta hacerlos ineficaces. Porque ¿de quién dependen esos medios?

Harto lo sabéis, señores; los medios legales, las garantías constitucionales, dependen de la voluntad arbitraria de un Gobierno con Parlamento abierto o cerrado, sin más reglas que su conveniencia, y conforme a la cual las suspende, cuando quiere, en toda la Nación o en parte, para salir del paso y librarse de los obstáculos que le oponga el ejercicio de esos medios legales si no producen resultados bastante pacíficos, no necesitando para hacerlo más que señalar perturbaciones futuras, reales o imaginarias o inventadas y preparadas con ese propósito.

En suma: en la fórmula más comprensiva de

la unión, se supone que el éxito de las campañas católicas depende de los medios legales; pero los medios legales dependen de la arbitrariedad de los Gobiernos enemigos que hay que combatir y que suspenden totalmente o parcialmente, según les acomoda, las garantías constitucionales; luego es evidente que el resultado práctico de esa unión dependería de la voluntad de los adversarios. ¿Qué conquistas llevará a cabo un ejército comprometido a no emplear más que armas inferiores a las de sus adversarios, y por el tiempo y en la forma que ellos quieran, y teniendo que suspender las hostilidades cuando su voluntad se lo ordene? *(Muy bien, muy bien).*

Por esto creo, señores, que es una forma particular de locura, por no creer en otra cosa, el intento de hacer triunfar y poner como una enseña victoriosa en la cima del Estado las proposiciones contrarias a las que condena el *Syllabus*, valiéndose como medio de la Constitución de 1876, que, por el espíritu que la anima y que se revela en varios de sus artículos singularmente el onceno, está comprendida en aquel famoso catálogo de los errores modernos, según la declaración

auténtica que a manera de anatema fulminó sobre ella, al nacer, la palabra infalible de Pío IX (1) *(Grandes aplausos)*.

Señores : Es una ley que confirman a un tiempo los principios y los hechos en la verdadera filosofía de la historia : que el orden cristiano no se ha restaurado nunca en el mundo más que por medios semejantes a los que han servido para destronarle, pero jamás por los que ha proporcionado al desorden triunfante, como no sea sin querer y a pesar suyo *(Repetidos aplausos)*.

Pero es que no se trata de restaurar todo el orden cristiano con los atributos esenciales, ni de hacer triunfar la tesis católica en el Estado, dicen algunos varones políticos prudentísimos, sino de pedir que se cumplan las disposiciones que nos favorecen y de mejorar de condición dentro de lo existente y aun de reformar hasta donde sea posible parlamentariamente la legalidad establecida. Después, si eso se consiguiera, ya se podrá pensar en alguna otra prudente reforma para ir

(1) Se alude a la declaración solemne de Pío IX condenando el artículo 11 en la carta al Cardenal Moreno, al discutirse la Constitución de 1876.

alejándose menos de la tesis; pero por ahora ése es el ideal. ¡Hermoso porvenir y luminoso ideal, señores, el de esos hombres prudentísimos! ¡Ya no se trata más que de mejorar un poco de suerte, y alcanzada con las armas que entrega el adversario y por los medios que dependen de su voluntad! Después, si se consigue, que no se conseguirá... *(Risas)*, ya veremos de alcanzar alguna otra mejora legal.

Pero ¿no advierten esos hombres que con semejante conducta no hacen otra cosa que suspender todo litigio sobre la dominación de los enemigos, consolidar su soberanía y animarlos con esa clase de reconocimiento a que prosigan sus conquistas? Si a un ejército colocado siempre a la defensiva, atacado constantemente por el adversario y retrocediendo sin cesar, porque no toma la iniciativa nunca, al menos por el consejo de los que pretenden dirigirle, se le dice que hay que renunciar a la reconquista del territorio perdido por tiempo ilimitado, y que debe reconocerse la soberanía enemiga como un hecho que no se sabe cuando dejará de ser inevitable y si dejará de serlo, y que todas sus empresas deben

reducirse a mejorar de suerte, no empleando para lograrlo más medios que los que dependen de la voluntad del enemigo reconocido y victorioso, ¿habrá necesidad de preguntar lo que sucederá? Confesado el fracaso por los jefes, reconocida la victoria de los adversarios y reducido el objetivo de la campaña a la posesión de un punto de etapa con el beneplácito del ejército enemigo, ¿no equivaldría todo eso a una abdicación de la independencia y a entregar en rehenes la esperanza? Es ley psicológica del espíritu humano que, en la medida en que se amengua el ideal, se disminuye el esfuerzo para recobrarle, y que, en la proporción en que aumenta el éxito del enemigo, mengua la energía del contrario. Cuando esto sucede, la derrota reconocida, que es el primer disolvente de la disciplina, rompe las filas y las dispersa. En vano será gritar entonces: ¡Unión, unión! El ideal, la tesis que se quería recabar, era el imán de las voluntades, la causa final que atraía los esfuerzos, la esperanza que hacía amable el combate. Sin ese estímulo, pronto la voluntad desfallece, y los que no supieron aprovechar el valor y lo mataron al cegar sus fuentes, que-

rrán después, cayendo en el absurdo, exigir, cuando todo peligre, un heroísmo sobrehumano, como si no fuese aun el ordinario una excepción y nunca el patrimonio de los más. Las muchedumbres pueden ir electrizadas detrás de un imposible, con tal que se les haya infundido la opinión de que es una verdad que se puede aplicar sobre la tierra; pero detrás de una duda y a merced del capricho del adversario nadie ha combatido jamás *(Muy bien)*.

En resumen, señores, si se quiere restablecer el orden cristiano, si se quiere restaurar la tesis, hay que concluir por emplear medios radicales y semejantes a los que han empleado los enemigos para derrocarlo. Si no se quiere restaurar el orden, porque se reniega de los medios proporcionados para hacerlo, y se limita toda la empresa al intento de mejorar algo de suerte y a cambiar de postura, nadie gastará entusiasmos en cosas incapaces de engendrarlos, y el enemigo engrosará sus filas con los vencidos, que le reconocerán por señor, o pasará triunfante sobre su vileza, despreciando sus súplicas o sus lamentos.

Pero, señores, querer restaurar el orden por

medios desproporcionados e insuficientes para conseguirlo, o no querer restaurarlo, considerándolo como un ideal platónico, y limitándose por medio de armisticios a vivir al día, son dos maneras distintas de llevar a cabo, consciente o inconscientemente, una misma deserción y de pasarse al enemigo. Ese es el resultado último de la estrategia defensiva y de la táctica sutil del dolo piadoso y del retroceso continuo, que parece que las han enseñado los adversarios como opuestas a las que ellos emplean, para ganar sin peligro las batallas, encontrando auxiliares donde debieran encontrar enemigos.

(Del discurso pronunciado a raíz del Congreso Compostelano y publicado en *El Correo Español* el 13 de febrero de 1906).

# INTEGRALISMO

# INTEGRALISMO

## Don Manuel y don Duarte

*El Sol* publica el siguiente telegrama, que reproducimos sin quitar punto ni coma:

DON MANUEL DE PORTUGAL ROMPE CON LOS MONÁRQUICOS INTEGRALISTAS

DICE QUE JAMÁS SE PONDRÁ AL FRENTE DE UNA REVOLUCIÓN

(De nuestro redactor corresponsal)

Lisboa, 4 (3,23 t.). — A consecuencia de la ruptura de los integralistas portugueses con el ex rey D. Manuel de Braganza, porque no ha aceptado su programa de monarquía integral o absoluta, éste ha enviado a su lugarteniente y representante en Lisboa, Sr. Aires Ornellas, una carta importantísima.

En ella dice que las pretensiones de los integralistas son la negación de los principios inmanentes de las Monarquías constitucionales, ya que significan la vuelta del absolutismo. Y el absolutismo, según D. Manuel, es incompatible con el espíritu de los tiempos actuales.

Luego, el ex rey se dirige al gobierno republicano, y le pide una amplia amnistía para todos los monárquicos de Portugal desterrados o presos por defender sus opiniones políticas.

Añade que es enemigo de todo movimiento revolucionario, y agrega:

«En este momento, tan grave para Portugal, todos los portugueses, sin excepción, deben unirse para la defensa de los ideales de la patria.»

Dice después que considera desleales a los integralistas, porque no acataron sus instrucciones y se rebelaron contra su autoridad. Los declara adversarios suyos y los expulsa del partido monárquico.

Termina manifestando al país que «mantiene formalmente sus derechos indiscutibles al Trono de sus mayores y que, una vez restaurada que sea la Monarquía, convocará unas Cortes generales, elegidas por un sistema amplio de sufragio, y confiará a las mismas el cuidado de decidir la formación de su gobierno».

Los periódicos republicanos comentan esta carta con gran simpatía y elogio. *A Capital* dice que Don Manuel, al redactarla, firmarla y publicarla, aparece como una personalidad mayor y más digna que la de un simple pretendiente al Trono.

En cambio, *A Monarquia,* órgano de los integralistas, publica un violento artículo contra D. Manuel y le acusa de convertirse en un aliado de la República y de haber olvidado que las balas republicanas mataron a su hermano D. Felipe, y a D. Carlos, su padre.

El mismo periódico anuncia que en breve será publicada una extensa memoria que contendrá la relación detallada de cuanto ha sucedido entre D. Manuel y los integralistas.

Estos se pondrán a las órdenes del príncipe Don Duarte, nieto de D. Miguel, el campeón de los absolutistas portugueses durante la primera mitad del siglo XIX.

Los monárquicos manuelistas o constitucionales elogian sin reservas la carta del ex rey. Aseguran que el programa integralista constituye una utopía irrealizable.

La verdad es que todos los elementos monárquicos sensatos no creen en la posibilidad de una restauración monárquica. — Alejo Carrera.

Siendo exactas las noticias dadas por el corresponsal, no lo son las apreciaciones doctrinales, que implican varios errores.

Es completamente falso que los integralistas lusitanos sean absolutistas. Su programa, idéntico en el fondo al nuestro, sólo es distinto en la aplicación al estado social portugués, diferente al español.

Rechazan todo absolutismo, lo mismo el real que el republicano, el de Gabinete que el de Convención, y el socialista que el sindicalista. Piden un régimen representativo con representación por clases que tenga subordinados a los partidos, y amplias libertades locales y regionales, como frontera contra las invasiones del Poder.

Don Manuel es el que se aferró al viejo centralismo constitucionalista, que sirvió, en los tristes reinados de Don Carlos, Don Luis y Doña María de la Gloria, de instrumento a la masonería, que procuró, por los medios más inícuos, demoler la fe del noble pueblo lusitano, entregándole, además, atado a la rapacidad británica.

Contra ese régimen de tiranía liberal y constitucionalista, que no fué más que el fomentador, el conductor y el productor de la revolución jacobina, que llevó el despotismo masónico al grado máximo, reacciona ahora, tendiendo la mano fraternal a los elementos monárquicos tradicionales, el integralismo lusitano, apoyado en una brillantísima juventud intelectual que se inspira en nuestro programa.

El liberalismo constitucionalista de Don Manuel, que no sería más que un jacobinismo atenuado en las formas, fracasó sangrientamente en la muerte de su padre y de su hermano y con el nacimiento y triunfo del monstruo que lleva en sus entrañas.

No es extraño que la Prensa sectaria aplauda a Don Manuel. El ha ligado su política interna-

cional a la republicana, y además promete, y aunque no lo dijese ya se sabía, no alzarse contra los poderes que tiranizan a su patria.

No hay espectáculo más bochornoso que el de un pretendiente a una Corona ligado al Poder que ha derrocado a los suyos, prometiéndole no alzarse contra su dominación, menospreciando la conducta de sus partidarios, que hacen lo contrario, y recibiendo el aplauso de los que debiera combatir.

Don Manuel invoca su legitimidad de origen, pero le falta completamente la de ejercicio, que es la principal.

Nadie disputaba la legitimidad de origen de Alfonso VI, hijo mayor del primer Braganza, Juan IV; pero, como era un degenerado que no respetaba tradiciones ni decoro, aunque abdicó en favoritos inteligentes, las Cortes le depusieron, sustituyéndole con su hermano segundo, Don Pedro, regente primero y rey después.

Le sucedió Juan V, que mereció por su piedad el título de «Fidelísimo», y a su muerte ocupó el trono aquel José primero, más músico que gobernante, que puso su legitimidad de ejercicio

en manos de un tirano de inteligencia y carácter, fiel servidor de la masonería febroniana, el Marqués de Pombal; el que segó con furia fanática las cabezas de los grandes más ilustres del reino, los Tavora, los Ferreira, los Aveiros; el que quemó al santo P. Malagrida, excitando hasta la indignación de Voltaire, y del que hizo retrato cumplido Don Juan Valera al decir «que los gritos de estas víctimas claman aún contra el Marqués, y su sangre cubre con mancha indeleble a aquel tirano feroz que, después de servirse de los jesuítas para su encumbramiento, los persiguió con saña, se aprovechó de las confiscaciones para enriquecerse y era partícipe en una compañía que se dedicaba a la trata de negros.»

Si José I no muere a tiempo, la reacción católica y monárquica, producida por la tiranía de su Gobierno, le hubiese depuesto, a pesar de su legitimidad de origen, como depuso y desterró a su ministro en el reinado siguiente de Doña María I.

Don Miguel era hijo segundo de Don Juan VI, y contra su propio padre y contra su hermano Don Pedro se alzó para defender el principio ca-

tólico y tradicional, poniendo con su gobierno gallardamente la soberanía de los principios sobre la meramente legislativa de las personas. Y las Cortes, a la antigua usanza, por clases, y a propuesta del Obispo de Viseo, le dieron la Corona que tropas extranjeras, ¡las mismas que lucharon contra Don Carlos María Isidro y apoyaron el trono de Doña Isabel!, le arrebatarán más tarde.

Nuestro querido compañero *A Monarquía*, órgano del integralismo lusitano, comprendiendo las necesidades de estos tiempos, y lo que exigen los problemas actuales, la controversia con los demás partidos, y una propaganda que sea verdaderamente apologética y no declamatoria, prepara, hace tiempo, un programa razonado, como hacemos nosotros, pues sólo el desconocimiento de la realidad, o la ignorancia osada, puede contentarse con una lista de venerables trivialidades.

Esa brillante juventud intelectual, que tiene las mismas ansias que la española, desea ese compendio doctrinal y a la vez práctico, y, como aquí se dice, gacetable, que encierre en un programa lo que pertenece a la escuela y al partido.

Afortunadamente para ella, ha encontrado una personificación monárquica en una rama de la dinastía indígena. Casado el primogénito de Don Manuel con una señorita yanqui, quedaba, por su matrimonio, alejado del trono, y, muerto recientemente su hermano Francisco José, el hijo mayor del segundo matrimonio, Don Duarte es el que ahora concentra las aspiraciones de los tradicionalistas lusitanos.

Don Duarte ha sido educado en la más ferviente fe religiosa por su piadosísima madre, que pertenece a una de las familias más ilustres de Austria, que pone por encima de sus blasones reales la Cruz, y por su padre, el noble y caballeroso Don Miguel, en el amor a las tradiciones patrias.

Don Duarte, sobrino carnal de Doña María de las Nieves, está, además, enlazado con ella por el parentesco de su madre con nuestra amada Infanta.

¡Quién sabe si, al separarse definitivamente de los Coburgos constitucionales, los monárquicos que se habían hecho la ilusión de que los resultados de la tiranía jacobina fuesen capaces

de cambiarlos, al dirigirse ahora a Don Duarte, encuentren en él una solución providencial que los ayude a salir de la postración en que yace el pueblo hermano!

Don Duarte y los tradicionalistas lusitanos no siguen la dañosa política internacional de Don Manuel y la República, pues conocen bien la inicua manera como fué sacrificado Portugal por los aliados. Una vigorosa corriente de aproximación a España se despierta en nuestros hermanos, que saben que nosotros afirmamos y reconocemos la plena independencia de Portugal, y sólo queremos la libre federación que impone la Geografía, pero en pie de igualdad, sin absorciones, que para establecerla serían contraproducentes.

Y no nos extraña que, entendiéndolo así un distinguido escritor portugués, llegase en su exaltación a recordar las palabras del Vizconde de Almeida Garnet: «Españoles somos todos los que habitamos la Península ibérica»; y que, expresando el alto sentido que les daba el comentador de Camoens, aun nos brindase, con generosa ilusión, con el príncipe a quien, por el nombre histórico que lleva, rodea una aureola romántica, se-

mejante a la de un Don Sebastián Afortunado, como un futuro emperador de la federación que junte a toda la raza dispersa o separada por otros imperios.

Aunque no lo sea, su política unirá y no alejará a los que la Historia, ministro de la Providencia, ordena en estos momentos aproximarse y abrazarse.

(Artículo publicado en *El Pensamiento Español*, el 5 de diciembre de 1919).

# INTERNACIONALISMO

# INTERNACIONALISMO

## I

### LAS ALIANZAS

*¿Con Francia o con Alemania? — El deber de hablar claro. — Cómo en estos tiempos democráticos la diplomacia dispone en secreto del destino de los pueblos.*

En este momento crítico de la Historia de España, ningún hombre público tiene derecho al silencio ni a envolver sus pensamientos en niebla.

La necesidad social, norma inmediata del Poder público — la mediata es más alta y rige a la necesidad misma — exige que todos los que pueden influir en el parecer de sus conciudadanos pongan luz interior en sus palabras para que se trasparenten bien las ideas y no sea el equívoco postigo por donde penetren en las almas la falacia y el engaño.

En estos tiempos de publicidad y democracia, más verbalista que real, basta que junten sus voluntades en conciliábulo algunos poderosos para que, en el secreto de una diplomacia que se nutre con sombras, se enajene el porvenir de un pueblo y se decreten y rubriquen catástrofes a plazo fijo.

Si pudiéramos leer en las almas de monsieur Poincaré y de los que van a dialogar íntimamente con él, sabríamos muchas cosas sustraídas al juicio público, que, sin embargo, tiene derecho a saberlas. ¿Se puede cambiar el rumbo de la Historia sin que se enteren ni den su consentimiento los que han de ejecutarlo? En la segunda mitad de la Edad Media era necesario el consentimiento explícito, o implícito cuando menos, de los Reinos para declarar una guerra, y antes de ella, para hacerla, se otorgaban públicamente los subsidios. Ahora se puede concertar una alianza que lo lleve implícito, y sólo después del éxito o del desastre hay obligación de dar cuenta a los que se salvaron de la matanza.

M. Poincaré, aun prescindiendo de la magistratura que ejerce, es la figura política de más

relieve en su patria. No es de creer que venga sólo a discutir las bases arancelarias y a establecer las de un empréstito con el señor Suárez Inclán. El viaje a Londres, las hipérboles dedicadas a España por la Prensa más afecta al Gobierno y las declaraciones de los periódicos alemanes, no dejan ninguna duda de que se trata de un viaje político para convertir la amistad en alianza.

Así, la cuestión internacional, que debió resolverse antes de las guerras coloniales, iniciada desdichadamente en la reunión de Algeciras, vacilante e incierta cuando las negociaciones del Tratado franco-español, se plantea resueltamente con el doble viaje de D. Alfonso y Poincaré.

El problema está erizado de interrogaciones, a las que es preciso contestar sin eufemismos ni hipocresías.

## *¿Es posible la neutralidad y el aislamiento?*

¿Podemos evitar la cuestión, ser amigos de todos y vegetar modestamente en una situación sin compromisos?

No es posible la neutralidad y el aislamiento.

Una espesa red de intereses y compromisos diplomáticos atraviesa a Europa.

Aislarse es querer estar a un tiempo en Europa y fuera de Europa.

Si estalla la guerra, ningún poder político, ni el más humilde, podrá permanecer como espectador imparcial de la contienda. Todos serán empujados a la escena para tomar parte en el drama como actores o acompañando a los actores.

Y, siendo forzoso pactar alianzas, ¿hay libertad para elegir, como se quiera y donde se quiera, los aliados? No. En el cielo, cada vez más oscuro, de la diplomacia, no hay más que dos astros de primera magnitud que brillan con luz propia: Alemania e Inglaterra. Todos los demás son planetas que giran en torno de ellos, o satélites que arrastran. Querer juntarse amistosamente con ellos, o elegir alguno entre los distintos grupos, es cosa que pertenece a aquel género de simplicidad, tan común en los tontos que presumen de hábiles, que consiste en engañarse a sí mismos queriendo engañar a los demás.

Con Inglaterra y Francia, o con Alemania y la Tríplice. *Tertium non datur.*

*Siendo forzoso aceptar una alianza, ¿cuál debe ser el criterio para la elección? — ¿Qué dice la Historia?*

Puesto que es necesario decidirse por la Tríplice o la Entente, ¿en dónde se debe buscar, entre tantas ruinas morales y jurídicas como nos cercan, la regla de la elección?

En la Historia y la Geografía. El pueblo que prescinde de ellas no tiene derecho a tratar con los demás, porque empieza por renunciar a la existencia. La Historia, tomada en conjunto, no es obra del capricho de unos cuantos gobernantes: es obra del espíritu de un pueblo. Por eso refleja su carácter y sus aspiraciones.

La historia de las relaciones de Inglaterra habrá que empezarla en el siglo XIV con la separación de Portugal y terminarla, por ahora, en la internacionalización de Tánger.

Sería un enorme memorial de agravios, en el que se podrían ir señalando la mitad, por lo menos, de las causas de nuestra decadencia.

La historia de las relaciones con Francia, aun

empezada en las luchas del siglo XVI, que obligaron a Farnesio a salir de Flandes para ir a París, y terminada en el último Tratado de sus glosas, es una larga serie de desmembraciones territoriales y de influencias nocivas, a las que hay que cargar las otras causas de ruina que no corresponden a Inglaterra.

Nuestra grandeza es incompatible con la grandeza de Inglaterra. Si nosotros fuéramos grandes, ella tendría que huir del Mediterráneo o pagarnos tributo de servidumbre a la entrada.

Francia, más generosa que Inglaterra, y que ha recibido de ella casi tantas ofensas como nosotros, desde la guerra de los Cien Años hasta Fashoda, tiene aspiraciones de dominación en el Mediterráneo que no son compatibles con las nuestras.

Son enemigas o rivales; luego no pueden ser nuestras aliadas.

¿Y Alemania, Austria e Italia? ¿Qué agravios hemos recibido de ellas? Con Italia hemos tenido un intercambio, muchas veces secular, en que nosotros hemos puesto la fuerza y ella el arte, cuando no hemos puesto, confundidas, las dos